

PENSAMIENTO UNIVERSAL

José Antonio Escalona Delfino

Historia y Comunidad

El presente artículo es una profundización en el tema: Memoria y Comunidad, que ya hemos venido tratando en trabajos anteriores, y nuestro punto de arranque, en estas valoraciones acerca de la relación **Historia-Comunidad** será fijar inicialmente nuestra atención en uno de los conceptos que justificadamente, más en boga, se encuentra en el ámbito de los debates actuales sobre las identidades nacionales y culturales: el concepto de **Memoria Histórica o Memoria Colectiva**, con el que también suelen asociarlo algunos investigadores, aunque otros distinguen sustancialmente ambas denominaciones.

En sentido general, el interés por la memoria histórica durante la segunda mitad del siglo xx, fue determinado, en buena medida, por serios traumas experimentados a nivel de la sociedad civil en diferentes regiones del planeta; luego de sufrir las consecuencias de fenómenos considerados a escala nacional y mundial como momentos de ruptura con el normal desenvolvimiento de la convivencia humana, y por lo tanto, percibidos de una u otra manera como enemigos potenciales de la identidad de los pueblos.

Entre estos nefastos acontecimientos podemos mencionar: la instauración de regímenes fascistas o la neofascistas a partir de 1930, la Segunda Guerra Mundial, el establecimiento de represivas dictaduras militares y gobiernos antidemocráticos durante las décadas del 70 y del 80, violadores de los más elementales derechos humanos. Incluso, por sus profundas implicaciones

geopolíticas y en el denominado equilibrio de fuerzas en la comunidad internacional, podemos añadir hasta la propia desaparición a principios de los 90 de la URSS, precedida por la extinción del campo socialista del este europeo.

A estas causales generales, en los últimos años dentro del marco de unas relaciones internacionales signadas por la unipolaridad se han sumado la necesidad de los pueblos de enfrentar el discurso atomizador y desvalorizante de la denominada postmodernidad; el reduccionismo cultural; la banalidad de la “cultura de masas” y las pretensiones hegemónicas y totalitarias de la globalización neoliberal.

En estas circunstancias, en diferentes partes del planeta, afloraron términos con implicaciones políticas, históricas, filosóficas y hasta antropológicas, como: recuperar, salvar, reconstruir, afianzar, la memoria histórica; cuya premisa gnoseológica descansaba en el presupuesto ontológico de una memoria histórica objetiva, políticamente amenazada, intencionalmente mutilada o castrada de sus hitos más valiosos cuando no oscurecida y olvidada.

En Cuba, a nuestro juicio, el acicate fundamental para estos estudios, especialmente a partir del último cuarto del pasado siglo hasta la actualidad, ha sido la agresiva campaña mediática del imperialismo norteamericano dirigida a distorsionar los antecedentes y fundamentos históricos e ideológicos del proyecto social de la Revolución Cubana desde 1959, y cuyos antecedentes se encuentran aún mucho antes de la instauración de la República en 1902.

En nuestro país, la preservación de la memoria histórica está unida a los orígenes mismos de la nacionalidad cubana, cuya cristalización tuvo lugar en el siglo XIX en medio de las confrontaciones ideológicas del independentismo *versus* anexionismo o reformismo.

Fue también esta centuria, el escenario principal de la Ilustración cubana, que a nuestro entender, se desarrolló a todo lo largo de ella, con características muy propias que la diferenciarían de la dieciochesca europea, y cuyas tareas históricas llegan hasta Martí; el que conformó sobre esta base y desde su tiempo, el paradigma sociopolítico del siglo XX cubano que aún perdura.

6

No obstante hay que recordar que, ya desde las primeras décadas del XIX, contexto de ejecutoria de relevantes y emblemáticas

figuras como Félix Varela y José de la Luz y Caballero; y de personalidades como el santiaguero Juan Bautista Sagarra y el bayamés José Antonio Saco, se había comenzado a contribuir fructuosamente al sentimiento patriótico y a la gestación de nuestra nacionalidad y su preservación. Al margen de sus peculiares percepciones políticas, todos ellos hicieron significativos aportes a la problemática que estamos tratando.

El propio Saco, hacia 1840, alertando del peligro que significaba la anexión de Cuba a Estados Unidos, la cual no sería, a su juicio, una **anexión**, sino **absorción**; y en medio de su deseo de que, “Cuba no sólo fuese rica, ilustrada, moral y poderosa, sino que fuese también Cuba cubana y no anglosajona”, nos postuló un concepto de nacionalidad al decir que: “todo pueblo que habita un mismo suelo y tiene un mismo origen, una misma lengua y unos mismos usos y costumbres, ese pueblo tiene una nacionalidad”, sentenciando simultáneamente en aquellas complejas circunstancias que: “Negar la nacionalidad cubana era negar la luz del sol de los trópicos en punto de mediodía”.¹

Pero aún más, será el propio Martí el que tuvo que enfrentar la primera gran campaña de descrédito contra la joven nacionalidad cubana. En su carta publicada con el título de *Vindicación de Cuba*, del 25 de marzo de 1889, respondiendo a los artículos periodísticos anticubanos: “*¿Queremos a Cuba*” y “*Una opinión proteccionista sobre la anexión de Cuba*” publicados en los periódicos *The Manufacturer de Filadelfia* y *el The Evening Post de Nueva York*, el 16 y el 21 de marzo respectivamente, que analizaban la conveniencia o no de anexarse a Cuba debido, entre otras cosas, a la “incapacidad por la naturaleza y la experiencia para cumplir con las obligaciones de la ciudadanía en un país grande y libre”, y por ser los cubanos “perezosos y afeminados”, Martí enérgicamente expresa:

No somos los cubanos ese pueblo de vagabundos míseros ó pigmeos inmorales que a *The Manufacturer* le place describir; ni el país de inútiles verbosos, incapaces de acción, enemigos del trabajo recio, que, junto con los demás pueblos de la América española, suelen pintar viajeros soberbios y escritores. Hemos sufrido impacientes bajo la tiranía; hemos peleado como hombres, y algunas veces como

***Las notas aparecen al final del artículo**

gigantes, para ser libres; (...) Merecemos en la hora de nuestro infortunio el respeto de los que no nos ayudaron cuando quisimos sacudirlos.²

Luego de la frustración del proceso independentista por la intervención norteamericana en 1998, el embate ideológico antinacionalista, durante el primer período republicano, tomaría como centro la figura de Martí, adoptando el procedimiento de ocultar lo más progresivo y radical de su pensamiento sociopolítico y ético filosófico. A nuestro Héroe Nacional se le elogiaba, se le construían estatuas, pero se le situaba conscientemente por encima de la realidad política y social del país. Se repetían frases de su pensamiento en sentido abstracto y se trataba de darle un carácter esotérico y extrahumano a su figura. Los libros *El Santo de América* y *Místico del deber* de Luís Rodríguez Embil y Félix Lizaso; y *Martí, el Apóstol* y *Fulgor de Martí* de Jorge Mañach y Mauricio Magdaleno son clásicos de esta imagen en la primera mitad del siglo xx.

En la obra martiana hay profundos criterios sobre la historia como suceso y narración, sobre la objetividad y el condicionamiento social de este tipo de conocimiento e incluso sobre la función de lo que hoy conceptualizamos como memoria histórica. Pero como no nos detendremos en este aspecto por cuanto amerita un tratamiento mayor, nos limitaremos a entresacar algunas ideas de aproximación a este inmenso reservorio.

“La historia universal no ha de construirse con arreglo a las creencias parciales y sectarias del que la escriba, sino como un reflejo leal de lo que el universo dé en sí.”³

“Los hechos legítimamente históricos son tales, que cuando uno en sí, a más de reflejar a toda la naturaleza humana, refleja especialmente los caracteres de la época y la nación en que se produce.”⁴

“La Historia no es cera que se amolda a nuestras manos caprichosas. Ni cabe en obra severa, fantasear sobre motivos históricos.”⁵

“¿Por qué se ha de falsear la historia?”⁶

“(…) para que perdurase y valiese, para que inspirase y fortaleciese, se debiera escribir la historia.”⁷

8 “¡Líbrenos Dios del invierno de la memoria!”⁸

En lo fundamental, de lo anterior se infiere el apotegma, de que no se puede hablar de memoria histórica o colectiva de un pueblo, al margen del análisis de los procesos históricos-concretos que

experimentan esas sociedades; y que expresa la conexión indisoluble que tiene el concepto de memoria histórica, en su máxima connotación, con otros como: historia, nación, nacionalidad, comunidad, identidad nacional y cultural etcétera. Entre ellos, no se produce cognitivamente, contradicción alguna. Lejos de objetarse unos a otros, por sus contenidos, se enriquecen y complementan recíprocamente en el discurso científico, si este se ha desenvuelto de manera rigurosa. El asunto radica, en que estos conceptos tienen una lógica como instrumentos analíticos. Son o fueron creados para analizar o interpretar, objetos o procesos de la realidad desde singulares presupuestos o enfoques, con una finalidad epistemológica definida. La confusión vendría de ser utilizados como registros conceptuales en nuestros estudios sin haber validado previamente su empleo. Lo expresado puede ser ejemplificado con las categorías de Marx:⁹ Social-Conciencia Social y Base-Superestructura.

Obsérvese, que ningún par de categorías se excluyen entre sí. Fíjese como los conceptos que están en el mismo nivel, se contienen unos a otros, pero en sentido inverso: el de ser social contiene al de base. Sin embargo, el de superestructura contiene al de conciencia social. Ello revela que, aunque ninguno de estos pares de categorías se excluyen tienen autonomía heurística.¹⁰

Con independencia de que nuestro propósito, no es el de penetrar en la antropogénesis de la cuestión objeto de interés, ni de profundizar, por razones obvias, en aspectos relacionados con la filosofía de la historia o sus teorías, nos parece útil antes de continuar, referirnos brevemente a la llamada historia de las mentalidades, denominada también **Antropología Histórica**.

Los estudios de mentalidades cobraron fuerza a partir de 1920, luego de la Primera Guerra Mundial. Sus principales iniciadores fueron los franceses Lucien Febvre y Marc Bloch, al fundar en 1929, en *Estrasburgo los Annales d'histoire économique et sociales*, con la participación de otras importantes figuras de diferentes ciencias sociales (Historia, Sociología, Geografía y la Economía) como Maurice Halbwachs, Henri Perenne, A. Demandien, L. Levi-Bruhl, Marcel Mauss, Francois Simiand, Jules Sion, Charles Blondel, Henri Wallon, y otros.

Ellos comenzaron a concebir la historia de un modo diferente al que había imperado hasta ese momento. De esa ruptura con la manera anterior de ejercerse el oficio del historiador nos dice Bloch:

Las generaciones que han precedido inmediatamente a la nuestra, en las últimas décadas del siglo XIX y hasta en los primeros años del XX, han vivido como alucinados por una imagen demasiado rígida, una imagen demasiado cotidiana de las ciencias del mundo físico. Extendiendo al conjunto de las adquisiciones del espíritu este sistema prestigioso, consideraban que no puede haber conocimiento auténtico que no pueda desembocar en certidumbres formuladas bajo el aspecto de leyes imperiosamente universales por medio de demostraciones irrefutables. Esta era una opinión casi unánime. Pero, aplicada a los estudios históricos, dio lugar a dos tendencias opuestas, en razón de los distintos temperamentos.

Unos creyeron posible, en efecto, instituir una ciencia de la evolución humana conforme con este ideal en cierto modo científico, y trabajaron con afán para crearla sin perjuicio, por los demás de optar finalmente por dejar fuera de los efectos de este conocimiento de los hombres muchas realidades muy humanas, pero que les parecían desesperadamente rebeldes a un saber racional.

Este residuo era lo que llamaban desdeñosamente el acontecimiento; era también una parte de la vida más íntima individual. Tal fue, en suma, la posición de la escuela sociológica fundada por Durkheim.

(...). A este gran esfuerzo deben mucho nuestros estudios. Nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, de manera menos barata (...). Si hoy nos parece superado, ese es el precio que pagan por su fecundidad, tarde o temprano, todos los movimientos intelectuales.¹¹

A casi dos décadas de este planteamiento el historiador estructuralista Fernand Braudel lo remarcaba al expresar:

Todos somos conscientes del peligro que entraña una historia social: olvidar, en beneficio de la contemplación de los movimientos profundos de la vida de los hombres, a cada hombre bregando con su propia vida, con su propio destino; olvidar, negar quizás, lo que en cada individuo hay de irremplazable. (...) Y la dificultad no radica en conciliar en el plano de los principios, la necesidad de la historia individual y de la historia social; la dificultad reside en ser capaz de tener sensibilidad para ambas al mismo tiempo y en conseguir apasionarse por una de ellas sin por ello olvidar a la otra.¹²

De aquí, a nuestro juicio, que la historia de las mentalidades, en un principio, surja como una forma distinta de hacer la historia, en donde los factores socioeconómicos y las estructuras sociales, son tratados casi con la misma paridad que otros componentes derivados de las conductas y representaciones individuales y colectivas. Dentro de este espíritu antirreduccionista, emergió un amplio espectro de percibir este entramado que llega hasta la actualidad; asumiendo algunas concepciones posiciones idealistas extremas al sobredimensionar el papel de lo síquico en este proceso y al cuestionar el principio del historicismo en el análisis de la evolución social. El carácter complejo y polémico que cobra en la actualidad esta problemática¹³ puede percibirse en la siguiente afirmación del hermeneuta alemán Hans-Georg Gadamer: Somos de la opinión de que el problema del historicismo, que la moderna teoría epistemológica y una metodología próxima a las ciencias intenta solucionar en vano, confiadas en sus métodos puede resolverse únicamente en la medida en que se retrocede a las más antiguas preguntas por el ser y el tiempo.

¿Qué fisonomía adopta esto en las ciencias humanas históricas?. Uno puede escuchar entonces, por ejemplo por parte del círculo de Viena, afirmaciones como que las ciencias humanas contienen a lo sumo un 10% de ciencia; teniendo en cuenta el concepto de cientificidad que elaboró el círculo de Viena, lo anterior probablemente esté expresado de una forma demasiado amable todavía. En todo caso, es sobre el otro noventa por ciento sobre el cual construimos nuestra vida en común y la solidaridad humana. Nos abren posibilidades de conversación hacia la verdad que es el logos, común a todos, aun cuando no sea más que un 10 % lo que pueda satisfacer las normas de lo científico. Objetividad significa objetivación, lo cual es siempre un prejuicio limitador allí en donde no se trate en realidad de romper una resistencia o de dominar algo, sino de participar conjuntamente y tener parte en y del universo hermenéutico en el que convivimos.”¹⁴ Esto quedará reducido a un seudoproblema el día en que se produzca el efectivo y real abrazo entre las ciencias sociales, cerrándole el paso como dijera el fundador del hiperempirismo dialéctico George Gurvitch, a cualquier pretensión “imperialista” por parte de alguna de ellas.

En los estudios recientes, el concepto de mentalidad es considerado de mayor amplitud que el de ideología al considerarse que el mismo “integra lo no formulado, lo que resulta aparentemente

insignificante, lo que permanece bien oculto a nivel de las motivaciones inconscientes”.¹⁵ Mientras que el concepto de inconsciente colectivo se visualiza como una noción más empírica que se refiere a “la autonomía de la aventura mental colectiva que obedece a sus ritmos y casualidades propias”, y que puede ser ejemplificada por la actitud de las personas ante la muerte en la concepción de Phillipe Aries en su trabajo *La Nueva Historia*, según opina Michelle Vovelle quien define, a su vez, a la historia de las mentalidades como “el estudio de las mediaciones y de la relación dialéctica entre las condiciones objetivas de la vida de los hombres y el modo en que la cuentan; e incluso en que la viven.”¹⁶ Mientras que el propio Aries considera que la historia de las mentalidades; “Nos hace descubrir lo que subsiste en nuestra cultura de hoy, en la cual triunfan las racionalidades de la escritura: algo escondido no consciente; antiguas oralidades aplastadas, sea bajo la forma de supervivencias camufladas o como huecos perplejos o vacíos.”¹⁷

Planteado el radio de nuestras reflexiones diremos, que estas se entronizan con la perspectiva de considerar la historia como una resultante del comportamiento y la múltiple interacción de los individuos, las clases y los grupos sociales en diferentes escenarios económicos, políticos y sociales a lo largo del tiempo, en el cual inciden significativamente, consciente o no de sus objetivos históricos. A nivel del hombre-masa este rol, en general, está caracterizado por un creciente tránsito del nivel espontáneo al programado de su protagonismo en estrecha interrelación con las personalidades históricas y las vanguardias políticas que lo lideran.¹⁸

Lo cierto es, que la comprensión y construcción del presente está muy vinculado con el conocimiento del pasado, lo cual condiciona de una u otra manera, el carácter de la participación de los individuos en el mismo. Pero este conocimiento del pasado, cuando sólo se circunscribe a lo que aporta la narrativa histórica por muy superficial que se nos presente no es un simple recuento o rememoración de los sucesos acaecidos desde el primer acto fundacional o desde cualquier etapa del decursar de esa comunidad humana; sino es sobre todo, una interpretación de lo que aconteció; convirtiéndose de esta manera en una realidad idealizada o filtrada por la subjetividad del intérprete; mediación que está condicionada por su status social, es decir, por su pertenencia a una determinada clase o grupo social, que son los verdaderos propie-

tarios de ese reflejo conceptual que se ha de portar y promover como visión o cosmovisión del mundo circundante. Esto no quiere decir que la memoria de una comunidad no encuentre expresión singular en los miembros que la componen. A esta expresión parcelada de la memoria histórica se le ha llamado **Memoria Autobiográfica**¹⁹, que no es más que el hecho de incidencia grupal procesado individualmente a través del espectro vivencial del agente perceptor, y en donde se reconoce con mayor o menor determinación el aspecto psicológico.

Para el sociólogo francés Maurice Halbach, miembro de la Escuela de los Annales, es una contradicción hablar de una memoria histórica, porque para él, la Historia como nicho o descripción del pasado comienza donde termina la tradición, frontera en donde languidece o se borra la memoria. Por lo tanto prefiere hablar de historia y memoria colectiva como dos formas de reflejar teóricamente el pasado, definiendo a esta última como “una corriente de pensamiento continuo, de una continuidad que no tiene nada de artificial, dado que obtiene del pasado aquello que se encuentra vivo o capaz de vivir en la conciencia del grupo que la cultiva. Mientras que, a su juicio, la historia “se ubica fuera de los grupos, por debajo o por encima de ellos” obedeciendo a un insoslayable imperativo didáctico.”²⁰

Coincidimos con él, en que en el seno de una sociedad puede haber tantas memorias colectivas como grupos sociales existan, de que “cada memoria colectiva se asienta sobre un grupo limitado en el espacio y en el tiempo”, y en que la Historia aspira a presentarse como la memoria universal del género humano o de una parte de él.

Sin embargo, pensamos que, tanto esta conciencia colectiva o grupal como la Historia como ciencia tienen un condicionamiento clasista, lo cual no queda, al menos explícito en su razonamiento para esta última, al privilegiar las motivaciones subjetivas por encima de todas, aunque en su trabajo *Les Cadres sociaux de la memoire* deja bien establecido, lo que a su parecer, son los escenarios más importantes en donde se conforma la memoria. En ese texto se refiere a los marcos sociales más generales que intervienen en esta construcción como la familia, la religión y la clase social; y a otros más específicos, pero no menos importantes, como el espacio, el tiempo y el lenguaje.²¹

De esta manera, nos alineamos junto a todos aquellos que consideran, que la memoria histórica o colectiva, no es una sumatoria mecánica de los hechos pretéritos que se sucedieron desde la génesis de una comunidad dada, sino la intelección coherente, pero interesada, que ofrece y divulga una clase o grupo social desde el presente. Su carácter subjetivo no solo se consume en la óptica bajo la cual se visualiza ese pasado, sino también en el acto de “arbitraje” mediante el cual se decide cuáles y cómo serán presentados, destacados o discriminados unos hechos históricos con respecto a otros. El siguiente criterio ilustra al respecto:

El día de la raza se festeja en nuestro continente el 12 de Octubre, como conmemoración del descubrimiento de América. En nuestro país (Argentina) se considera ese día como un feriado nacional a modo de un día de celebración. En las escuelas se multiplican los trabajos sobre la vida de Cristóbal Colón y la historia acerca de sus carabelas y su encuentro con los “indios”. En las revistas aparecen fotos y recortes para estos trabajos, pero este tipo de mentalidad no abarca solo los niños en edad escolar, sino a toda la sociedad. Nos preguntamos entonces que es lo que nos hace conmemorar así ese día y no tener en cuenta el genocidio que hubo de los aborígenes después de eso. ¿Por qué recordamos la relación entre aborígenes y colonos de una manera simpática como lo muestran los manuales primarios?, ¿Por qué recordamos de esa manera ese día y no de otra?, ¿Cuál es la ideología subyacente ese día?, ¿En función de qué lo hacemos así?. Recordamos así ese día porque no nos sentimos identificados con el aborigen sino con el colono. Somos su producto y reproducimos esa parte de la historia con esa función. Nuestra ideología podría resumirse así: No somos aborígenes somos colonos, y esta es nuestra historia. Reproducimos la parte necesaria para la constitución de nuestra sociedad como esa mezcla europea que somos. Si bien este último tiempo parece que esta concepción está cambiando, dista mucho de cambiar esta ideología. Se puede demostrar de esta manera que en la conmemoración, como práctica social de memoria colectiva, se reproducen valores de la sociedad”.²²

Por su parte el colombiano Adolfo Columbres; en su obra *La emergencia civilizatoria*, afirma en esta misma dirección que:

“(…) se precisa enterrar ese viejo esquema del “crisol de razas”, embuste ideológico que sirvió para negar la persistencia de las tradiciones culturales diferentes. El llamado mestizo a menudo no es más que un indio que se niega o no se asume como tal, por temor al estigma que pesa sobre su identidad y la discriminación que el

conlleva. Darcy Ribeiro, tuvo el coraje de afirmar, hacia el final de su vida, que nosotros surgimos de una negación, de la desindianización del indígena, de la desafricanización del negro y hasta de la deseuropeización del europeo, lo cual no nos convierte en seres culturalmente más ricos, sino en “gente tabla rasa y hasta más pobre culturalmente que cualquiera de sus matrices” Y podría añadirse que, para peor, esa gente hizo de la hibridez un motivo de jactancia.²³

Los dos juicios anteriores son demostrativos de que la memoria histórica, en tanto memoria, puede tener más de una lectura, mas de un rostro.

Por eso entendemos, que la objetividad de la memoria histórica descansa, más que en la aportación o apropiación fidedigna de todo lo que realmente ocurrió en el pasado, en la traslación sin adulteramientos de aquellos hechos esenciales que responden de manera genuina a la aspiración social de esa comunidad a través del tiempo.

En correspondencia con lo anterior, colegimos que dentro de una **Memoria Histórica**, pueden subsistir diferentes culturas políticas que son precisamente las que determinan cuales hechos serán resaltados como predominantes. Este es el escenario de las ideologías; entendida la ideología, como una conjunción armónica, en sus aspectos esenciales, de ideas y nociones de una clase social determinada portadora de una manera de visualizar la realidad natural y social en el complejo marco de las interacciones a que está sometida ella y las restantes clases y grupos sociales²⁴. De manera abreviada diremos que es la pragmática cosmovisiva de una clase social dada. Ella siempre exige un enfoque histórico y pueden existir tantas ideologías como clases existan, aunque siempre habrá una ideología dominante²⁵

La **Memoria Histórica o Colectiva** como objeto de conocimiento puede ser recuperada mediante una reconstrucción teórica de ese imaginario (con el riesgo del efecto “calidoscopio” que entraña) por parte de los representantes de los sectores progresistas de la sociedad. En este propósito siempre habrá que ponderar la influencia del “presentismo”, que se ha de poner inexorablemente de manifiesto en el énfasis que se le da a determinados capítulos de esa trayectoria. Pero ello no debe implicar, necesariamente, la exclusión o menoscabo de los restantes hechos.

Ahora bien, al abordar la importancia que tiene el concepto de **Memoria Histórica o Colectiva** para el estudio de comunidades

podiera presentarse el inconveniente para el investigador, de que este concepto, le resulte insuficiente, desde el punto de vista de su contenido, para el análisis que se propone realizar; teniendo en cuenta, por ejemplo, que lo que generalmente jerarquiza el concepto de **Memoria Histórica**, es la tradición histórica y político ideológica; así como que la referencia a memoria colectiva podría conducirnos a indeseadas conjeturas, en cuanto a que es lo colectivo y que es lo comunitario (dos individuos pueden conformar un colectivo pero no una comunidad).

Ante una coyuntura de tal naturaleza, preferimos emplear el concepto Memoria Histórico-Cultural que integra todos los aspectos en forma refleja de la existencia del ser de una comunidad dada, incluido los factores históricos y políticos, cuya jerarquía reconoce, pero contentivo, además, de un marcado interés por la esfera axiológica, principalmente en su dimensión afecto sensitiva.²⁶ Dimensión, que a nuestro juicio, le da el “acabado” definitivo a la diferencia, a lo que “personaliza” a una comunidad de otra en el seno de una unidad mayor. Es lo que evoca la ancestralidad de los sentimientos ²⁷ y es la fuente primiginea del sentido de pertenencia local, regional o nacional; del orgullo de **ser en-los-míos** y de exigir ser aceptado así por los demás.

La **Memoria Histórico-Cultural** puede ser asumida como concepto con las siguientes características:

-Es un proceso. No existe como fenómeno estático. La reconstrucción perpetua es la forma “natural” de su reproducción.

- Garantiza su continuidad a través de su actividad renovadora, al aplicarse a sí misma el único antídoto posible contra su morbilidad.

-Es algo más que la sumatoria de las memorias individuales o medianamente colectivas, como pueden ser las familiares, pues ella encierra, no las particularidades (que fragmentan), sino los elementos comunes que la configuran y capacitan para dictar un discurso dicotómico, al contener dialécticamente una mirada crítica a la otredad y una continuidad proyectiva de la identidad.

-Es susceptible de ser objeto y sujeto del conocimiento.

16 -Puede ser inteligida y estudiada pese a la mediación subjetiva.

-Tiene como accesos: las fuentes escritas, orales y patrimoniales.

Principalmente, los mitos²⁸, las memorias individuales y medianamente colectivas (en donde pueden incluirse los testimonios), las creencias religiosas, las costumbres, las tradiciones, las fiestas y las celebraciones.

-Puede ser socavada por fuerzas retrogradadas. Desde adentro, cuando estas detentan el poder y desde afuera mediante campañas mediáticas.

-Su pérdida es el suicidio de las identidades comunales.

En correspondencia con lo anteriormente expuesto podemos definir el concepto de **Memoria Histórico-Cultural**, como la acción de retrodicción, que hacen desde el presente y con vistas al presente, grandes o pequeñas comunidades cuyos niveles de conciencia pueden encontrar sus cotas límites en los conceptos de nación o grupo social y que generalmente conviven en un espacio geográfico urbano o rural mas o menos determinado.

La definición sintética sería considerar la **Memoria Histórico-Social** como la identidad pensada.

Es un concepto amplio que con carácter genético, se refiere a los modos en que las personas de una comunidad piensan, hacen y reflejan su vida y de los móviles históricos e ideopolíticos que han condicionado su convivencia a través del tiempo y puede ser aplicado a pequeña y gran escala. Permite desde la actualidad dar un vistazo al desenvolvimiento desde sus orígenes al ser de una comunidad humana específica en su reflejo más universal.

Notas

1. José A Saco. *Ideas sobre la incorporación de Cuba a Estados Unidos*.
2. José Martí Pérez. *Vindicación de Cuba*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, pág.10. A partir de 1889 en el marco de las conferencias panamericanas de Washington, Martí saldrá, además, en defensa de la autoctonía de nuestras tierras, lo cual se ve muy bien reflejado en el discurso Madre América y el ensayo Nuestra América.
- 3- José Martí. Italia. *La Opinión Nacional*, Caracas, 8 de marzo de 1882, t.14, pág.398.
- 4- José Martí. *El general Grant*, La Nación, Buenos Aires, 22 de septiembre de 1885, t.13, pág. 104.
- 5.- José Martí. *Cuadernos de Apuntes.*, t.21, pág.120

- 6.-José Martí. Fragmentos, t.22, pág.194
- 7.- José Martí. *Carta a Manuel de la Cruz*, 3 de Junio de 1990, Nueva Cork. Epistolario, t.2, pág.104.
- 8.- José Martí. *Carta de Nueva Cork*, La Opinión Nacional, Caracas, 14 de noviembre de 1881, t.9, pág.93
- 9.-Carlos Marx. *Prólogo a la Contribución a la crítica de la economía política*. En: C, Marx. F, Engels. Obras Escogidas (3 tomos), Moscú, Editorial Progreso, 1973, t.1, pág.518

No puedo sustraerme de aprovechar la ocasión ante la hipotética incredulidad que pueda despertar en alguien, mi empleo de estas categorías de “antaoño” en estas valoraciones para recordar lo que en 1942, el célebre economista austriaco de la “Escuela de Viena”, Joseph A Schumpeter (1883-1950) dijera de la doctrina marxista (muy distante de toda pretensión apologética) en su trabajo *Socialism and Democracy*: “La mayor parte de las creaciones del intelecto o de la fantasía desaparecen para siempre después de un intervalo de tiempo que varia entre una hora de sobremesa y una generación. Con otras, sin embargo, no ocurre así. Sufren eclipses, pero reaparecen de nuevo; y no como elementos anónimos de un legado cultural, sino con su ropaje propio y con sus cicatrices personales que pueden verse y tocarse. Podemos llamar a éstas las grandes creaciones, definición que tiene la ventaja de enlazar la grandeza con la vitalidad. Tomada en este sentido, tal es indudablemente la calificación que hay que aplicar al mensaje de Marx. Definir la grandeza de una creación por su capacidad de resurgir implica además la ventaja de que ésta logra así independizarse de nuestro amor o de nuestro odio. No es necesario creer que una gran contribución, en sus líneas fundamentales o en sus detalles, debe forzosamente ser una fuente de luz y perfección. Podemos pensar, por el contrario, que se trata de un poder de las tinieblas; podemos juzgar que es errónea en sus fundamentos o estar en desacuerdo con algunos de sus puntos particulares. En el caso del sistema marxista, tal juicio adverso, e incluso la refutación, por su mismo fracaso para herirlo mortalmente, solo sirven para poner de manifiesto la fortaleza de su estructura”. (J.A.Schumpeter. 10 grandes economistas: de Marx a Keynes. Alianza Madrid, Editorial, 1964, pág. 18). En 1958, el historiador francés, de la escuela de los Annales Fernand Braudel dirá: “El marxismo es un mundo de modelos. Sastre se alza contra la rigidez, el esquematismo y la insuficiencia del modelo en nombre de lo particular y de lo individual. Yo me alzaré, al igual que él (con algunos matices ciertamente), no contra el modelo, sino contra el uso que de él se hace, que se han creído autorizados a hacer. El genio de Marx, el secreto de su prolongado poder, proviene que fue el primero en fabricar verdaderos modelos sociales y a partir de la larga duración histórica. Pero estos modelos han sido inmovilizados en su sencillez, concediéndoseles un valor

de ley, de explicación previa, automática, aplicable a todos los lugares, a todas las sociedades; mientras que si fueran devueltos a las aguas cambiantes del tiempo, su entramado se pondría de manifiesto porque es sólido y está bien tejido: reaparecería constantemente, pero matizado, unas veces esfumado y otras vivificado por la presencia de otras estructuras, susceptibles, ellas también, de ser definidas por otras reglas y, por tanto, por otros modelos. Con lo acontecido, el poder creador de mas poderoso análisis del siglo pasado ha quedado limitado”. (Fernand Braudel: *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1970, p.143). Obsérvese, como la fortaleza sobresale sobre las presuntas debilidades. Más recientemente, el historiador Eduardo Torres-Cuevas refiriéndose a la heterogeneidad de las interpretaciones del marxismo durante el siglo XX y a la incapacidad que mostró su versión más generalizada de ser un instrumento científico para estudiar las profundas transformaciones que experimentaba la economía, la política y la ideología del capitalismo finisecular, expresaba: “(...) el marxismo critico de la sociedad capitalista se convirtió en el marxismo justificativo y acrítico de ciertas sociedades socialistas, cambiándose en ellas, de una teoría del análisis de los conflictos y problemas sociales, como los que contiene toda formación histórica, a la justificación en cada momento de la lógica de la política. La endeblez de esta dependencia, en tanto el carácter coyuntural de la praxis política, trascendió a la investigación histórica como consagración de un modelo interpretativo esquematizador del marxismo del cual se desterró toda intención realmente autocrítica”. (Eduardo Torres-Cuevas. *La historia y el oficio del historiador*. Imagen contemporánea, La Habana, 2002, pág. 15).

10. Marx fue el mas importante fundador de la sociología del conocimiento que fuera luego desplegada por sus coterráneos: Max Scheler y Kart Mannheim, con sus particulares puntos de vista, en sus trabajos *Die Wissensformen und die gesellsschaft*, y, *Das problem einer soziologie des wissens*, respectivamente de 1926.
11. Marc Bloch. *Apología de la historia o el oficio del historiador*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971, pág.45.
12. Fernand Braudel. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1970, pág.42
13. Por sólo mencionar a los que me vienen a la memoria, la historia de este tema pasa necesariamente por teóricos de diferentes ramas de la ciencia como Descartes, Locke, Berkeley, Hume, Kant, Hegel, Hartmann, Husserl, Simmel, Heidegger, Kierkegaard, Mill, Spencer, Durkheim, Saint-Simon, Proudhon, Sombart, Dilthey, Wittgenstein, Carnap, Popper, Fisk, Parson,

Poincaré, Rickert, Berr, Marx, Lenin, los hermanos Webber, Russell, Mauss, Sastre, etcétera.

14. Hans-Georg Gadamer. *El giro hermenéutico*. Madrid, Ediciones Cátedra S.A. Impreso en Gráficas Rógar, S.A, 1998, pág.208.
15. Michelle Vovelle. *Ideologías y mentalidades. Una clasificación necesaria*. En: *La historia y el oficio del historiador. op. cit.*, pág.169.
16. Michelle Vovelle. *ibidem*, pág. 173
17. Phillipe Aries. *La historia de las mentalidades*. En: *La historia y el oficio del historiador: op. cit.*, pág. 145
18. Teniendo en cuenta, como plantea Pierre Vilar que “Quizás el peligro más grave, en la utilización del termino historia, sea el de su doble contenido: historia designa a la vez el conocimiento de una materia y la materia de ese conocimiento.”
19. En el campo de la teoría hay quienes desglosan el contenido general de la memoria histórica o colectiva en una tipología derivada de memorias específicas. Por ejemplo, Gustavo Bueno, describe la memoria episódica (aquella mediante la cual las cosas recordadas del mundo mantienen la referencia al instante de la trayectoria biográfica de quien está recordando); la memoria semántica (que tiene que ver con el lenguajes, con la ciencia, con la razón); la memoria individual (que tiene como materiales los recuerdos de la vida privada, familiar o biológica; la vida que está fuera de la historia, la vida que estudia el sicólogo; la memoria personal (la que tiene como material los recuerdos de la vida propia pero en relación con la vida publica: política, científica, artística, profesional). (Gustavo Bueno. Sobre el concepto de memoria histórica común. El Catoblepas. Revista crítica del presente. Número.11, enero 2003, pág.2).
20. Maurice Halbwachs. *Fragmentos de la Memoria colectiva*. Atenea Digital. Número 2, otoño 2002, pág 70-74-

En realidad en el desarrollo continuo de la memoria colectiva no existen líneas de separación claramente trazadas, como en la historia, sino límites irregulares e inciertos. El presente (entendido en su extensión sobre cierta duración: la que interesa a la sociedad de hoy en día) no se opone al pasado de la manera en que se distinguen dos periodos históricos vecinos. La memoria de una sociedad se extiende tanto como puede, es decir, hasta donde alcanza la memoria de los grupos que la componen. No es mala voluntad, antipatía, repulsión o indiferencia que la memoria colectiva olvida una gran cantidad de eventos o personajes. Sucede que los grupos que guardaban el recuerdo han desaparecido. Es difícil decir en que momento ha desaparecido un recuerdo colectivo, y si ha salido

definitivamente de la memoria de un grupo, precisamente porque es suficiente que se conserve en una parte ilimitada del cuerpo social para que se le puede reencontrar.

21. Maurice Halbwachs. *Les cadres sociaux de la memoire*. Paris, Editorial Albin Michel, 1994, pág.38
22. Maria Laura T. Monografías. com., 1997, Lucas Morea/Sinexi S.A
23. Adolfo Columbres. *La emergencia civilizatoria*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo Juan Marinello, 2000, pág.41.
24. Puede parecer pueril que corramos el riesgo de que con nuestras propias palabras expresemos el concepto de ideología elaborado por Marx que asumimos, pero ya en 1977, Roberto Fernández Retamar refiriéndose al respecto decía que “(...) en estos años recientes han tenido lugar encendidas polémicas en torno a la noción de “ideología”, que en medida apreciable se revelarían al cabo nacidas de no haberse tomado en cuenta que ese termino no significa siempre lo mismo en los clásicos. Louis Althusser, quien en sus primeros trabajos se valió de “ideología solo en su sentido de “falsa conciencia”, acabaría reconociendo en sus elements d! autocritique que “la noción de ideología es “una noción marxista muy importante pero muy equívoca” ya que “desempeña, bajo una misma denominación indiferenciada, dos papeles diferentes, el de una categoría filosófica por una parte (ilusión, error), y el de un concepto científico por otra parte (formación de la superestructura)” (Roberto Fernández Retamar. *Algunas de civilización y Barbarie*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 2003, pág.98)
25. En la *Ideología Alemana*, Marx y Engels plantean: “La clase que tiene a su disposición los medios para la producción material dispone con ello, al mismo tiempo, de los medios para la producción espiritual, lo que hace que se le sometan, al propio tiempo, por termino medio, las ideas de quienes carecen de los medios necesarios para producir espiritualmente. Las ideas dominantes no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes concebidas como ideas; por tanto, las relaciones que hacen de una determinada clase la clase dominante son también las que confieren el papel dominante a sus ideas. Los individuos que forman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan también como pensadores, como productores de las ideas dominantes”. *La Ideología alemana*, Edición Revolucionaria, La Habana, 1966, pág.49.
- 26.-Comprende un conjunto de nexos no pensados que indirectamente van conformando la vida cotidiana de los individuos en la interacción con su entorno y que engendra sentido de pertenencia.

- 27.- A este aspecto se acercó Lucien Febvre en su trabajo "*Comment reconstituer la vie affective d' autrefois? La sensibilité et l' histoire*". En el mismo, aunque sobredimensiona la afectividad por encima de las ideas no cae en las complicaciones sicologistas de las que frecuentemente es víctima la comprensión de este factor y que se ha denominado peyorativamente "sicología de las profundidades".
28. La interpretación del mito es un importante elemento de la antropología estructural de Levi-Strauss como contenido fundamental de la conciencia colectiva y base de las estructuras sociales estables. De esta visión de la historia señala Clifford Geertz:

(...) Levi-Strauss de maduro intelecto y segura intención, va apartando de su camino una tras otras las diversas ideologías que lo obstaculiza. En *Las estructuras elementales* incide en la controversia de Warner/Radcliff-Brown/Murdock sobre el parentesco, desplazado por completo el eje de la disputa. En *El totemismo* liquida el durkheimismo y su vulgarización redcliffbrowniana. En *El pensamiento salvaje* arremete contra Sastre, la epistemología y la idea de a historia. En *las Mitológicas* desmantela y reformula, es estilo bricoleur, el conjunto de temas tratados por Boas/Muller/Frazer. Y su estilo retórico de argumentación varía de manera apropiada según va cambiando la rueda de su atención. Es maussiano (los hombres se comunican entre si intercambiando mujeres cuando trata de Australia y del sudeste asiático. Funcionalista británico (aunque con signos cambiados bueno para pensar y no bueno para comer) en *El totemismo*. Transmarxista y altolinguista (imágenes mundi y metonimias animales) en *El pensamiento salvaje*. Y muestra una mezcla de esteticismo (obertura, coda, aria del desanidador, fuga de los cinco sentidos, canta del oposum) y enciclopedismo iluminista (de Arawak a Zapoteca) en *las Mitológicas*. (Clifford Geertz. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Ediciones PAIDOS Ibérica, 1997, pág.41).

A pesar de que no coincidimos con toda la caracterización "cibernética" que realiza el autor, simpatizamos sobre todo con el intento de aproximación a la complejidad valorativa de Strauss.

Bibliografía

- Beer, Henri. *La síntesis en la historia*. México, Edición UTEHA, 1961.
- Bloch, Marc. *Apología de la historia*. Instituto del Libro, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1971.
- Bueno, Gustavo. *Sobre el concepto de memoria histórica común*. El Catoblepas. Revista crítica del presente. Número.11, enero 2003.
- Braudel, Fernand. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza Editorial, 1970.
- Columbres, Adolfo. *La emergencia civilizatoria*. La Habana, Centro de Investigación y Desarrollo Juan Marinello, 2002.
- Colectivo de autores franceses y cubanos. *La historia y el oficio del historiador*. La Habana, Imagen Contemporánea, 2002.
- Geertz, Clifford. *El antropólogo como autor*. Barcelona, Ediciones PAIDOS Ibérica, 1997.
- Halbwachs, Maurice. *Fragmentos de la memoria colectiva*. Atenea digital, Número.2, 2002.
- Gadamer, Hans-Georg. *El giro hermenéutico*. Madrid, Colección Teorema, Ediciones Cátedra, 1998.
- Gordon Childe, Vere. *Qué sucedió en la historia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972.
- Gurtvich, George. *Dialéctica y Sociología*. Madrid, Alianza Editorial, 1969.
- Kon, I.S. *El idealismo filosófico y la crisis del pensamiento histórico*. Buenos aires, Editorial Platina, 1962.
- Hallet Carr, Edgard, *Qué es la historia*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1972.
- Martí, José. *Obras Completas*. La Habana, Imprenta Nacional de Cuba, 1965.
- Marx, C. *Prólogo a la contribución a la crítica de la Economía política*. O.E., Moscú, Editorial Progreso, 1973.
- Marx, C., Engels, F. *La Ideología Alemana*. Ediciones Revolucionaria, La Habana, 1962.-Schumpeter, Joseph A. *10 grandes economistas de Marx a Keynes*. Madrid, Editorial Alianza, 1969.